

Estoy citándolo y citándome, Poeta. Porque sus imágenes concuerdan, en este instante, con las mías, de tal modo, que no me cabría un camino diferente del que usted me va señalando.

Continúo mi peregrinación y lo veo a usted venir con una «Rosa perfecta» entre las manos. Este penoso viaje por la tierra no tiende sino a eso: que nos sea otorgada la Rosa Perfecta. Tal vez la que refulge sobre las aspas de una Cruz: símbolo de que a la suprema Belleza se llega sólo por el dolor, Usted ha seguido un sendero, y

«Al final del camino la Esfinge está en acecho.
La fronda estupefacta devuelve al sol su oro;
y yo siento prendida de la garganta al pecho
en un divino asombro la voz que me une al coro».

¡El Poeta, heredero del augur, posee el don supremo de predecir o vaticinar! El camino viene desde muy lejos, desde el fondo de las edades. Nosotros, caminantes, comprendemos de súbito lo que sucedió antes y vislumbramos lo que vendrá después. Entre tanto, decimos unas rimas en que se funden el pasado y el futuro. Por ello pueden llamarse—como usted las ha titulado—«Canciones de todos los tiempos». Como el Cantar de los Cantares. Como la melodía de las generaciones que nos continúen.

¡Gracias por este sorbo de claridad que me ha brindado, distinguido poeta y compañero!—OSCAR CASTRO Z.



EN EL VIEJO ALMENDRAL. novela de *Joaquín Edwards Bello*

Es natural que un libro voluminoso, precintado con la magia de un premio literario, impresione desde la distancia. La gente sencilla se asombra de que se pueda poner tanta cosa

en un libro, y el temor asoma con el atrevimiento de su lectura. Muchas veces he oído decir a los lectores de mis libros esto mismo y la sola respuesta que se me ocurre es preguntarles si me han acompañado hasta la última página. Como la respuesta ha sido francamente afirmativa, he debido experimentar una clara sensación de alivio. A medida que madura su obra, el novelista o cuentista extrae de la vida el mayor porcentaje de substancia para dar con ella la estructura medular. En consecuencia, la vibración de la obra debe alcanzar al mundo de los vivos—de esa humanidad que sufre y casi no piensa—y su juicio primario no debe ser despreciado. Nunca escribimos para nosotros solos; nuestra conciencia tiene pulso universal y al llenar las páginas de un libro la vida está golpeando en nuestro corazón.

Divagación insubstancial, si se quiere, frente a un libro como este de Joaquín Edwards Bello, en que se hace el recuento de una vida, desde la niñez a los años maduros, con un sentido panorámico y raudo, debido esto a la abundancia de materia viva que captar, por una parte, y por otra al hábito diario de la crónica, de la nota expresiva y movida, y del glosario, que tanto ejercita el autor.

Podría decirse sin duda, que estamos frente a la novela de un hombre y de una época. Un muchacho asoma a un mundo más o menos fácil y su sensibilidad algo enfermiza lo enfrenta al hecho cotidiano, desmenüzado en escenas pueriles o trascendentes. A través de esta plasmación del hombre, se precisan en el libro figuras y tipos cuyo recuerdo no se pierde en ningún momento y quedan en la liquidación final como lo único sólido y grande. El yo autobiográfico, aunque llevado con holgura vanidosa, se desvanece en el espacio y no logra hincar sus emociones y su acento sino raras veces. En cambio, podemos señalar entre otras recias columnas de esta abundosa novela, las estampas de Perpetua, tipo de criada fiel, grande en su humildad, forjadora de hombres y de épocas, sustituto necesario en el va-

cío de tantos hogares deshechos por la desgracia. Este tipo de criada, de ñaña querendona, fuente recia de ternuras y de filosofía eterna, escasea ya en esta tierra. La desconfianza y el odio de clase, surgidos con el despertar de los humildes y la tozudez de los plutócratas, han ahogado los buenos hábitos de la familia chilena. Perpetua da sentido universal al tipo de nuestro pueblo, depositario de un genio privilegiado para la lucha sin prepotencias, dueño de una moral simple y justa, necesaria al equilibrio y a la armonía humana, que pide a la naturaleza el hijo que necesita y recibe lo demás cuando el destino lo quiere. Podría decirse que tales seres condensan la gravitación misma del mundo, por su capacidad de trabajo, de sufrimiento y de lealtad sin doblez. A su lado se fraguan los demás seres con dignidad y pureza. En antítesis deprimente, surgen, libro adelante, los domésticos de la familia Stepton.

Sin duda, el retrato de aquella mujer exquisita, doña Florencia, nos gana en muchísimas páginas. Producto de otros climas, su cuerpo y su espíritu crean en el alma de los hombres un complejo de subyugante misterio. A este predominio absoluto de su ser contribuye, es claro, la feble personalidad del hombre que la enfrenta. En general, se advierte en el libro cierta esquiva blandura del tipo masculino, con excepción del inglés Power y del extraño señor de Oropesa. Quien sabe si la explicación de ello se encuentre en la afirmación sustentada por el héroe de que la mujer chilena ejerce en nuestra vida absoluto imperio, aserto discutible, desde luego.

Entre otras figuras trazadas en profundidad, y que vivirían firmemente en una novela de cabal estructura, no olvidaremos la del joven Bernal, el vástago de las viejas y nobles familias, asomado al tiempo nuevo, hijo inconsistente, maleado por todas las tentaciones, siempre escaso de billetes, recargado de deudas y apetitos. No hay duda que Joaquín Edwards tiene en la palma de la mano la triste verdad de muchas familias patricias, su rigidez jerárquica y su orfandad espiritual ema-

nada de una educación jesuítica puramente represiva. El propio autobiografiado, cuasi producto de un liceo, paga sus debilidades a lo largo de las seiscientas páginas que comentamos. Habla con razón de los yerros de nuestra educación, que atiborra el cerebro del alumno de nociones inútiles que se olvidan al día siguiente, porque la vida exige otros conocimientos y habilidades. Un muchacho formado en colegio congregacionista sale armado para defenderse en ciertos acechos mundanos, lo que no significa el éxito, máxime en este tiempo en que un realismo sin veneno, aunque incisivo, impone en cada hombre o mujer un espíritu integral, objetivo y armónico. El colegio laico, fiscal, tiende a ello y lo consigue en parte, aunque la pedantería es aun hoy, porción substancial del humanismo liceano. Todavía existen en el liceo profesores que consideran su asignatura el centro del universo y más allá de su atmósfera no podrían moverse con mediana soltura. Despiden en cada ocasión las mismas frases hechas y vacías, incrustan denominaciones, fórmulas y nomenclaturas que luego sirven al muchacho para hilvanar el chiste en que nuestra raza es generosa. Cualquier chileno educado en liceo (o en colegio secundario particular), hará suyos estos párrafos que Joaquín Edwards apunta con alguna hiel: «Este conjunto se denomina esporogonio, designándose con la palabra seta al pelicelo filiforme; el esporogonio es un aparato esporífero o sea destinado a producir esporas. En efecto, la seta se prolonga dentro de la cápsula en un eje llamado columela...» (pág. 58). «El cobre, el salitre, el caucho, las selvas amazónicas, las perspectivas fascinantes de nuestro continente nativo, no eran ni siquiera esbozadas para despertarnos el deseo de amarlas y conquistarlas...» (pág. 56).

El inglés Power dice al joven héroe, que va en busca de empleo: «Bueno, bueno, Usted no sabe hacer nada: le han enseñado el nombre latino de las moscas...»

Asimismo, compartimos la dura opinión del héroe, que es la del autor, en todo lo demás. El castellano se eriza de análisis, de clasificaciones, y el niño no sabe escribir una carta de diez líneas; la filosofía se vuelve estratosférica y tonta, la historia hasta hace poco se paseaba fuera de Chile, los idiomas son cualquier cosa menos lengua viva, cotidiana, inmediata. Naturalmente, las parrafadas del novelista y las nuestras quedan un poco fuera de tiesto, pero interesan y nos hacen ahondar en un problema que Chile no ha resuelto con seriedad. Nuestra educación es una bolina fantasmagórica donde forcejean la pedantería y los apetitos, sin hablar de la política.

El capítulo por donde corre desenfrenada aquella diabólica potranquita de Higinio es rico en nervio y color, nos apasiona y nos hace desear de Joaquín Edwards un libro en que trozos como ese se armonizaran en un conjunto enjundioso, denso, sin esa livianura que domina en «El viejo Almendral». Los cuadros que anotamos y las figuras que se mueven allí son lo destacado en un total flojo, un poco deshecho y trivial, sobrecargado de afirmaciones conceptuosas y personalistas. Supervivencia del cronista, del comentador del hecho pequeño o grande. Como reacción, surge a veces el novelista de los grandes espacios, de los estados de alma a plena luz, con sus perspectivas y sus matices, su dramática trayectoria, aunque apuntan a veces estallidos y excesos folletinescos. Algunas escenas sobre la intimidad de la familia Stepton, sobre los extraños hábitos de Oropesa, producen inquietud y duda.

Impaciente, desigual, tortuoso, corre el libro como un peligroso caudal de vida sólo vislumbrada. El color, suelto, pródigo, vierte gracia en los espacios y da al libro entero un sabor de gran esbozo.—LAUTARO YANKAS.